

# LOS PADRES DE LA IGLESIA



Una de las primeras imágenes de Cristo con barba.  
Mural de la catacumba de Comodilla, finales del siglo IV.

## Fascículo XII

### Epístola a Diogneto

Monte Grande  
2009

## Epístola a Diogneto. Los cristianos, «alma del mundo»

La Epístola a Diogneto es una de las apologías del cristianismo más breves de la antigüedad, pero de estilo perfecto y a la vez sencillo y profundo, lo que la convierte en la obra más brillante y hermosa de la literatura cristiana griega. Por todo ello fue definida como la «perla de la antigüedad cristiana».

La Epístola o Discurso a Diogneto fue redactada en Atenas a fines del siglo II o comienzos del siglo III. Su autor es anónimo y está dirigida a un tal Diogneto, que puede ser un nombre propio o un título dado al Emperador (significa «conocido de Zeus»). La finalidad de la carta es la de responder al interés del destinatario por conocer las creencias y la vida de los cristianos. Las preguntas pueden deducirse de la introducción de la carta:

*“Pues veo, excelentísimo Diogneto, tu extraordinario interés por conocer la religión de los cristianos y que muy puntual y cuidadosamente has preguntado sobre ella: primero, qué Dios es ese en que confían y qué género de culto le tributan para que así desdeñen todos ellos el mundo y desprecien la muerte, sin que, por una parte, crean en los dioses que los griegos tienen por tales y, por otra, no observen tampoco la superstición de los judíos; y luego, qué amor es ese que se tienen unos a otros; y por qué, finalmente, apareció justamente ahora y no antes en el mundo esta nueva raza, o nuevo género de vida” (Capítulo I, 1)*

El autor de la carta, tras la enumeración de los interrogantes de Diogneto, expresa su agrado por este interés y formula el siguiente ruego:

*“Pido a Dios, que da el hablar y el escuchar, que a mí me conceda hablar para mejorar a quien me escucha, y a ti te conceda escuchar sin que se entristezca quien te habla.” (Capítulo I, 2)*

Las respuestas dadas por el autor son más en un tono de exhortación espiritual y de instrucción que de polémica o argumentación. Su contenido está basado en la obra de Juan, así como también en escritos de San Ireneo de Lyon<sup>1</sup> (†202).

A continuación, empieza una crítica de la religión pagana que se mueve por dos lugares comunes: la crítica de la idolatría y la crítica de los sacrificios.

La idolatría o adoración de objetos era un elemento frecuente en las religiones paganas. Las imágenes de los cultos paganos podían estar hechas de diversos materiales: oro, bronce, piedra, madera y sobre este hecho gira la argumentación. Los ídolos no son piezas de origen divino sino obra de un artesano. Los de oro hay que guardarlos bajo llave para que no los roben, los de hierro se corroen, los de arcilla son de la misma materia que un plato para comer. Esta materia forma parte hoy del ídolo pero, antes de eso, era sólo materia y en el futuro podría volver a serlo y utilizarse para otro fin.

La crítica de los sacrificios se basa en que eran sacrificios de sangre y grasa. Este tipo de ofrendas debían de ser sucias y desagradables porque, para el autor, suponen un desprecio más que una prueba de adoración, y demuestran según él la insensibilidad de los ídolos, que no se quejan de este proceder.

Después de la religión pagana, el autor emprende una crítica de la religión judía a la que atribuye una cosa buena, creer en el único Dios verdadero, y otra mala, adorarle como los griegos, con sacrificios que Dios no necesita y que provienen de su excesivo apego por la Ley.

*“No necesitas que te explique su espíritu timorato acerca de la comida, ni sus creencias sobre el sábado, ni su orgullo por la circuncisión ni la superficialidad de sus ayunos y novilunios<sup>2</sup>.” (Capítulo IV, 1)*

---

<sup>1</sup> Discípulo de San Policarpo, fue Obispo de Lyon hacia el año 178.

<sup>2</sup> Luna nueva, conjunción de la Luna con el Sol.



Inscripción de Teodoro, con un pez. Dice: "Vivimos en Dios".  
 El pez fue un símbolo habitual entre los primeros cristianos: las letras de la palabra griega que significa "pescado" (IXTHUS) eran las iniciales de su profesión de fe (Ιησους Χριστος Θεου Ηυιος Σοτερ – Jesús Cristo, Hijo de Dios, Salvador)  
 Roma, Catacumba de Priscila

Estos cuatro puntos: alimentación, sábado, circuncisión y ayunos/novilunios son criticados en los siguientes términos:

– sobre la alimentación afirma el autor que es injusto considerar puras a unas criaturas e impuras a otras cuando todas vienen de Dios (*Capítulo IV, 2*). Sobre el sábado dice que es una calumnia que Dios prohíba realizar una buena acción en sábado (*Capítulo IV, 3*). De la circuncisión, argumenta que es absurdo que esa «mutilación» (*Capítulo IV, 4*) suponga una seña de predilección divina. De los novilunios y otras festividades regidas por criterios astrológicos, duda que la voluntad de Dios utilice esos medios para manifestarse (*Capítulo IV, 5*).

Luego el autor explica a su interlocutor la verdadera naturaleza de la religión cristiana, mediante la inteligente apropiación de temas y motivos sacados de las cartas Paulinas. En esta parte el autor realiza una descripción de la vida sobrenatural de los cristianos:

***“Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. A la verdad, esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres curiosos, ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana; sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta, admirable, y, por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña. Se casan como todos: como todos engendran hijos, pero no exponen los que les nacen. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas; pero con su vida sobrepasan las leyes. A todos aman y por todos son*”**



*perseguidos. Se los desconoce y se los condena. Se los mata y en ello se les da la vida. Son pobres y enriquecen a muchos. Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonrados y en las mismas deshonras son glorificados. Se los maldice y se los declara justos. Los vituperan y ellos bendicen. Se los injuria y ellos dan honra. Hacen bien y se los castiga como malhechores; castigados de muerte, se alegran como si se les diera la vida. Por los judíos se los combate como a extranjeros; por los griegos son perseguidos y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben decir el motivo de su odio.” (Capítulo V)*

La parte central de esta apología expone un aspecto fundamental de la vida de los primeros cristianos: el deber de santificarse en medio del mundo, **iluminando todas las cosas con la luz de Cristo**. Un mensaje siempre actual, que el Señor ha recordado a los hombres en estos tiempos últimos con las enseñanzas del Concilio Vaticano II.

*“Mas, para decirlo brevemente, **lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo**. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, y cristianos hay por todas las ciudades del mundo. Habita el alma en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; así **los cristianos habitan en el mundo, pero no son del mundo**. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; así los cristianos son conocidos como quienes viven en el mundo, pero su religión sigue siendo invisible. La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido agravio alguno de ella, porque no le deja gozar de los placeres; a los cristianos les aborrece el mundo, sin haber recibido agravio de ellos, porque renuncian a los placeres. El alma ama a la carne y a los miembros que la aborrecen, y **los cristianos aman también a los que los odian**. El alma está encerrada en el cuerpo, pero ella es la que mantiene unido al cuerpo; así los cristianos están detenidos en el mundo como en una cárcel, pero ellos son los que mantienen la trabazón<sup>3</sup> del mundo. El alma inmortal habita en una tienda mortal; así los cristianos viven de paso en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción en los cielos. El alma, maltratada en comidas y bebidas, se mejora; lo mismo los cristianos, castigados de muerte cada día, se multiplican más y más. Tal el puesto que Dios les señaló y no les es lícito desertar de él. ” (Capítulo VI)*



Símbolo de Crismón, un detalle de un altar de piedra caliza, siglo IV. De Khirbet um El'Amad, Argelia. El crismón es el anagrama de Cristo (representa su nombre); está formado por las letras griegas X (ji) y P (rho), que son las dos primeras letras que forman el nombre de Cristo en griego (**XPI**STOS). A veces al crismón se le añaden las letras griegas alfa -Α- y omega -Ω- (principio y fin) e incluso es posible verlo con una imagen de un cordero (símbolo del sacrificio de Cristo).

<sup>3</sup> Enlace de dos o más cosas.

Después de estos pasajes, el autor afirma que el cristianismo se origina porque Dios ha intervenido en la historia enviando a su Hijo. De esta forma contesta a un interrogante planteado por Diogneto: «¿Por qué esta nueva raza ha aparecido ahora?» (Capítulo I). Todo ello da lugar a una exposición cristológica en la que Cristo es presentado como «Artífice y Demiurgo<sup>4</sup> del universo» (Capítulo VII, 2), como potencia ordenadora del cosmos enviada por el Padre «para salvar, no para violentar; para llamar, no para acusar; para amar, no para juzgar» (Capítulo VII, 4-5). A continuación, se dice que tras la primera venida, habrá una segunda:

“Un día lo enviará (Dios a Jesucristo) para juzgar y entonces ¿quién soportará su venida?” (Capítulo VII, 6)



Monedas acuñadas en el año 353 d.C.

El cristograma empezó a aparecer en las monedas romanas después del Edicto de Milán (313 d.C.), con el que el Emperador Constantino I legitimó la religión cristiana en el Imperio Romano.

Según la “Vida de Constantino” de Eusebio de Cesarea, el motivo fue una visión que tuvo antes de la Batalla del Puente Milvio contra Majencio, que consistía en el signo del crismón en el cielo junto con el lema «In Hoc Signo vinces» (con este signo vencerás, abreviado IHS, también referido a él como «Iesus Hominum Salvator», Jesús Salvador de los Hombres)

Después de la cristología, se habla sobre la necesidad de la venida de Jesucristo ya que «antes de ella, ningún hombre conoció a Dios» (Capítulo VIII, 5). El autor describe el plan divino de la salvación «concebido por Dios y comunicado sólo a su Hijo» (Capítulo VIII, 9). En un principio, Dios escondió su sabiduría y bondad al mundo, permitiendo al hombre obrar a su aire, «dejándose llevar por tendencias desordenadas» (Capítulo IX, 1) y soportando con paciencia sus pecados. Llegado el tiempo de máxima iniquidad, cuando no le aguardaba al hombre más que «el castigo y la muerte» (Capítulo IX, 2), el Hijo es enviado «para cubrir nuestros pecados» (Capítulo IX, 3) y «justificar a los impíos» (Capítulo IX, 4).

“¡Benévolo intercambio! ¡Inescrutable creación! ¡Inesperados beneficios! ¡La iniquidad de muchos quedó oculta en el único justo, y la justicia de uno justificó a muchos inicuos!” (Capítulo IX, 5)

A continuación, Diogneto recibe una exhortación donde se enumeran los beneficios que acarrea la aceptación de la fe cristiana, a saber, el conocimiento del Padre y el Reino de los Cielos.

“¿Sospechas de qué alegría serás colmado cuando lo conozcas?” (Capítulo X, 3)

Luego el autor describe la inversión de principios y valores que afectan a la persona y la encaminan a la imitación de Dios:

“Comenzarás a hablar los misterios de Dios, amarás a los que son torturados, condenarás el engaño del mundo, conocerás la verdadera vida celestial, admirarás a quienes soportan el fuego terreno...” (Capítulo X, 7)

<sup>4</sup> Dios creador y ordenador del mundo, en la filosofía de los platónicos y alejandrinos.

Podemos finalizar esta pequeña reseña señalando que el contenido de la “Epístola a Diogneto” revela al autor como un hombre de fe ardiente y vastos conocimientos, un espíritu totalmente imbuido en los principios del cristianismo, volcando en su obra un lenguaje de rebosante vitalidad y entusiasmo.

### **Unas últimas palabras sobre los Padres Apologistas**

La apologética cristiana surgió en el siglo II como consecuencia de la situación social en la que estaba inmerso el cristianismo. Dicha situación estaba marcada por dos factores: el desconocimiento general de su doctrina y su condena por parte de las autoridades romanas. El desconocimiento del cristianismo daba lugar a tergiversaciones y acusaciones infundadas para los que la condena oficial proveía un instrumento legal de represión. Una persona podía ser condenada a muerte por el solo hecho de ser cristiano.

Los apologistas, no son sólo los nombrados, sino todos los Padres de la Iglesia que han compuesto obras en defensa del cristianismo contra los ataques del paganismo, de polémicas y de críticas contra las creencias e instituciones del cristianismo.